Crítica de libros

VIVIENDO Y OTROS POEMAS, *Jorge Guillén*. Seix-Barral. Barcelona, 1958.

Hay veces en que el comentarista, antes de decir algo sobre lo que ha leído, siente duda, respeto y hasta temor. Este es el caso. Jorge Guillén continúa siendo un poeta singular, singularísimo, aparte de los gustos de cada uno. Repetiré con José María Valverde que el menos heraclitano de los poetas españoles. El menos angustioso. El más vertical.

Sobre la tentativa de rápido análisis que una revista permite están, para el comentarista, en este momento, la admiración a una obra hecha sin prisa y de verdad pura. Es curioso que Guillén sea un poeta escasamente imitado, poco influyente al parecer, y, sin embargo, indemne en la oleada neorromántica, neosocial y neoclásica. Ante ella queda vertical también. Puede deberse acaso su constante apartamiento de lo que preocupa, por dentro y por fuera a los poetas de los últimos tiempos, a que la poesía del vallisoletano es enormemente pudorosa ante el dolor humano no por rehuirlo, más bien por aceptarlo plenamente y colocar por cima de él el valor de la vida en sí. No es optimista. Sí poderosamente integrador. ¿Quién ha dado la sensación de plenitud como él?

Pero sucede que a Guillén, naturalmente, no le ha sido ajeno el impacto de las últimas circunstancias históricas. En una entrevista publicada en la revista *Índice,* aludió a las posibles consecuencias que esas circunstancias iban a tener en su poesía. Del cántico al clamor. El mundo ya no está tan bien hecho. Hay plenitud, pero hay dolor. Y plenitud del dolor. A la vista del presente libro y de los poemas que ha ido dando Guillén en las revistas españolas aparece un contenido que completa, extendiéndose a un como especial intimismo, a recreación personal de episodios —Lázaro, Melibea—, el mundo guilleniano no cerrado, no de un solo tono a ultranza. Siempre, desde luego, está presente el poeta gustoso de desmenuzar sensaciones contemplando, como ocurre, por ejemplo, en *Tiempo libre,* donde sólo al final se nos da el sentido del aparente desvaimiento.

Es pronto aún para saber lo que va a significar *Clamor,* pero los barruntos son excelentes. Guillén ha interpretado a Heráclito a su manera peculiar. Hay "tiempo", hay insistencia existencial, y también algo aislante y bello, fiel a la hora primera.

Seix-Barral presenta este libro de forma espléndida. Es un acierto sustituir la ilustración por la fotografía. Resulta más atractivo.

METROPOLITANO, *Carlos Barral*. Cantalapiedra, 10. Santander.

Empezar señalando que este libro es original, ya supone bastante si tenemos en cuenta la monotonía, la casi asfixiadora monotonía, de la lírica española actual, donde resulta que a la mayor parte de los poetas les preocupa muchísimo el prójimo, el desvalido, la muerte, el destino de la patria, lo cual sería maravilloso si por esos temas no asomara casi siempre la oreja del "hago esto porque es lo que lo que se lleva".

Digo que este libro me parece original, tanto por la situación en que se realiza como por la manera de realizarlo. (Por el mismo orden.) El poeta aquí, dentro de ese "desafecto lugar" llamado "Metro", en la noche voluntaria, con unas vagas referencias en las titulaciones al sitio donde se halla, construye un poema que es un estado de conciencia. Pero un estado de conciencia en el que en cierto modo y por boca de personajes interviene el alrededor. Poesía esta mental (califico así para entendernos), o cerebral, pero sin escurrirle el bulto, con todas sus consecuencias, ya pueden figurarse que nada cómodas para el poeta y para el lector. Con un tono uniforme, poéticamente llevada a cabo y poco frecuente en nuestro meridiano de la "inmensa mayoría".

Barral no oculta que pertenece a la estirpe elliotana, guilleniana, y que no ha debido poner mucho empeño en que se le lea fácilmente. Las preocupaciones al uso están excluídas, y, sin embargo, en pocos libros de nuestra hora el hombre moderno, con sus taras, con su estado de sensibilidad enferma se muestra como aquí. Creo que ha pesado mucho en el autor el deseo de salirse de lo común. Una como deliberada oscuridad, petición de esfuerzo al que lea, se trasparece. *Metropolitano* podría plantear de nuevo la dichosa cuestión de si para muchos o para pocos. Por mi parte, no estoy seguro de haberlo captado todo. Claro que me malicio cierto propósito en el autor de que a todos los lectores nos ocurriera lo mismo. Comunicación, pero hasta cierto punto. Correspondencias—vamos a ponernos a tono con la materia del libro—entre conciencia agitada, apelmazada y belleza serena y hasta tersa, en el claro simbolismo que *Metropolitano* contiene.

Aspira lo profundo
a envés de su materia sepultada.
Peldaños de repente,
el vértigo y los límites porfían.
El corazón intenta,
sube la tierra desolada. Sigue,
sucumbe el aire demasiado grave.

Hasta que al final:

De piel a piel el tiempo heterogéneo
tiende su galería amenazada.

Hemos edificado sobre grietas.

¿O qué ciudad
fundamos instantánea?

Esta breve bajada al infierno mecánico, donde, como decía Elliot en un poema, las miradas y el silencio son tan particulares, nos concierne a todos, o sea que también aquí, en esta bastante pronunciada clausura expresiva y espiritual, se pretende la llegada a los otros. Todo lo vagamente que se quiera.

Se incluyen unos cuantos poemas

que el autor llama previos, fechados entre 1952 y 1954. Es curioso: son más asequibles, menos técnicos, más sensoriales. Sin querer he recordado aquella ¿leyenda? orsiana: "¿Está claro? Pues oscurécelo." Claro que no es éste exactamente el caso.

ANTOLOGÍA DE LA NUEVA POESÍA ESPAÑOLA, *José Luis Cano.* Editorial Gredos. Madrid, 1958.

La sufrida, poco aireada y poco frecuente vocación de crítico y antólogo de poesía tiene en José Luis Cano un representante primerísimo. Cuando las especiales características de la época han hecho que el territorio de la lírica se vea invadido por los auténticos, los aficionados y los que vienen a pasar el rato—generalmente, a ejercer la vanidad—, Cano, con sus antologías y estudios, ha tratado de poner un poco de orden en la turbamulta. Son veinte años ya los que comprende la época llamada de posguerra y durante ella han aparecido poetas importantes y se ha producido un giro de noventa grados en los gustos y en todos los órdenes de la lírica, y, por supuesto, de la vida. Se daba el caso de que al referirse a ese período solía citarse de pasada, como correspondientes a otro momento, a autores que habían publicado libro antes del año 1936. Lo cual venía siendo una frivolidad en la medida de eso tan complicado, por lo visto, que son las generaciones. Una frivolidad donde acaso hubiera, asimismo, cierta intención no muy clara.

Por eso me parece acertadísimo que Cano inicie su antología con Miguel Hernández, que es lo que corresponde a todas luces. De esta manera, además, y creo que por primera vez, están perfectamente encajados en el panorama poetas como Rosales—*La casa encendida* es un libro capital—, Panero, Vivanco y algún otro. O sea se cumple perfectamente lo de "nueva".

No me hallo del todo de acuerdo con esa distinción entre "arraigados" y "desarraigados" tan usada en los últimos tiempos, pero sí con la caracterización que da el antólogo a la poesía de hoy: "unos y otros coinciden en un nuevo concepto de la poesía que ya no se apoya en la base puramente estética de la belleza y del halago de la forma, sino que, por el contrario, mira más a la intimidad del hombre y a su destino, a los problemas humanos, sociales y religiosos del hombre de hoy..."

Sobre los nombres que figuran en este volumen, puede decirse que están los más importantes y otros que, como el antólogo reconoce, podrían ser intercambiados sin que dañase el conjunto. Este conjunto nos revela, entre otras cosas, que la poesía de posguerra ha significado un nuevo sentido de la belleza. Que cuando mañana o pasado mañana las preocupaciones humanas y estéticas cambien y los tópicos o muletillas temporales sufran transformación será, como siempre, haber realizado algo bello lo que importe. Bello, naturalmente, de otra manera que como lo fué para los del noventa y ocho, para los del veintisiete o para los de la Edad Media, sin cifra determinada.

La acentuación de lo humano

permitirá a los que llegan no caer en conocidas vaciedades. No darle tanta mandanga a lo de mensaje, ni hacer discursos de impecable rigor lógico, pero...

En fin, esto es asunto de la poesía novísima—cuya antología tiene José Luis Cano en preparación—y en ella se comprobará. Creo que ¡sólo el indiscutible prestigio del premio "Adonais" justifica la inclusión de Valente y Claudio Rodríguez, cuya obra, lógicamente, ha de sufrir notables variaciones.

Termino señalando un inusitado gesto elegante: el antólogo, pudiendo hacerlo, no se ha incluído en la selección.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, *Jaime Ferrán*. Editora Nacional, 1957.

Cada español tiene entre sus proyectos descubrir alguna vez América. Cada poeta, no digamos. La ruta está siempre—para allá o para acá—transitada, pero es más frecuente lo primero que lo segundo, porque en lo español hay un instinto a replegarse, que algunos creen es síntoma de señorío. Hemos sido en los últimos tiempos —que abarcan siglos—más visitados que visitantes en lo que a poesía se refiere (y esto de la poesía es un hilo por el que se sacan ovillos insospechados, aunque parezca que no).

La colonización del verso es consecuencia de la otra. Esto se ve muy bien en cualquier antología hispanoamericana ordenada hasta nuestra hora, donde, siguiendo el escalonamiento de siglos, autores, tendencias, países, se ven claros los impactos sociales, políticos, sentimentales, el orden de influencias, el grado de oxigenación de los líricos, y si éstos miran a España o a París, que es lo más frecuente.

Jaime Ferrán decidió no jugar en campo propio y fué a América. Dice bien: a descubrirla, pues hasta que los ojos no llegan a un sitio ¿saber de él qué importa? Pero este poeta sabía bien dónde iba y la historia de lo que se proponía contemplar. Y la cantidad de emoción suficiente para que el paisaje sea un "estado de alma", sin peso en las alforjas. Conquistar, no. Ya no es posible. Llegar nostálgicamente, sí, con todos los recuerdos españoles a punto y el deseo de respirar ancho, virginalmente.

Óyeme. Yo he bebido. He recobrado
tantos años pasados que parece
que ahora en mi mirada
asoma la niñez irreemplazable
para el milagro rojo
de las poinsettias, para
contemplar las mimosas, los hibiscos,
las palmeras del Parque del Invierno,
para reír con las muchachas prontas,
para hallar, recobrar felicidad
que se había perdido para siempre.

Este parece ser el motivo íntimo y las consecuencias del viaje. *Descubrimiento de América* es el diario poético de ese viaje y en él —¿podía ser de otra manera?—están tanto la naturaleza americana, cuyos nombres dan a los poemas un colorido encantador, como el español que mira. El tono ágil y melancólico, la constante simbiosis entre persona por dentro y geografía por fuera, el recorrido del corazón, se hallan en el libro, que me parece más importante por lo que se ha evitado poner en él que por lo que consta.

Evitó: toda clase de retórica y

toda clase de propensas consideraciones ante territorios que tanto nos sugieren. Puso naturalidad, frescura, aire estudiantil, simple narración, juventud hasta en la manera creacionista de la tipografía. Sin embargo, el libro, a mi entender, se queda demasiado suelto. Como si aparte de los maravillosos nombres de ríos, montañas, ciudades, todo lo demás fuera pálido. Es posible que no haya sido otro el propósito de Jaime Ferrán: ver América con ojos nuevos. Decirnos que estuvo y lo que sintió. Contárnoslo más bien.

FÁBULA DEL PEÑÓN DE IFACH Y ÉGLOGA DE GABRIEL MIRÓ, Ágora, 1958.

La triste circunstancia de la muerte de Adriano del Valle ha hecho que sus dos obras póstumas tengan para nosotros un significado de testamento poético. Mucho más si en los últimos años apenas publicó el poeta, y ya de por sí su modo de hacer ha estado ajeno a los modos recientes. No puede de ninguna manera concentrarse la atención en esos modos recientes, por otro lado, ya propensos a transformaciones que están a la vista.

Adriano, el fastuoso, atiborrado y dueño de la gracia, enamorado de ciertas palabras y giros que él hizo circular a la calla callando de su situación al margen, voluntariamente al margen, como un aristócrata del verso que no tuvo prisa en que su obra fuera estimada en toda su medida. Pero ahora puede repetirse en él aquello de que nunca es tarde el llegar si se trae algo en las alforjas de la poesía que tan queridas le fueron.

Hay que considerar a este sevillano opulento en lo físico y en lo sensible como un epígono de la generación del veinticinco que cuando los demás variaron, no sólo permaneció fidelísimo a la llamada del barroco, sino que con los años depuró, aumentó y llevó a sus íntegras consecuencias la bandería estética de los tiempos de la dictadura. Doble dictadura de Góngora y Primo de Rivera.

En Adriano del Valle se da el caso de un poeta que se autolimita lo más posible. Y que en tal limitación tiene su distintivo. Puede variar la temática, pero no el procedimiento que se apoya en una supremacía de la palabra brilladora, sensual, hacia afuera siempre —palabra para sonar—donde los caballos de batalla son los adjetivos en los que no es raro hallar aciertos graciosamente expresivos y originales como en la *Oda náutica a Cádiz* hablar del "frágil triciclo de los aires" o de "la colonia marina del crustáceo", lo cual entra—signo de época—en la parcela de Ramón.

Tanto en la *Oda* como en el *Peñón de Ifach* y el *Homenaje a Gabriel Miró,* aquel obseso de la palabra ardiente, que contiene algo más que bellos vocablos, el poeta se orienta, como claramente se advierte en los títulos, al paisaje sobre el que descarga íntegramente su sapiencia verbal. (Cuánta épica frustrada hay en la poesía española de nuestro tiempo y del que ya ha pasado.) Adriano del Valle tiene esa fuerza descriptiva, enumerativa y dinámica que de habérselo propuesto pudo servir para darnos ese poema narrativo que no tenemos. El mismo tema de Cádiz está ahí

virgen. Adriano sólo invoca y enumera.

En la *Egloga de Gabriel Miró* domina mayor sencillez, acaso porque en el pretexto fervoroso hay, además de un paisaje, una persona, inevitablemente asociada a la atmósfera de Corpus. Aunque los aplica al novelista, podemos concretar el hacer ya definitivamente concluso de Adriano en estos versos:

> Y sus alas parece que vuelan bajo palio,
> bajo el palio de un cielo que es lujoso,
> litúrgico, barroco, ornamentado.

Cielo, a veces, con juguetonas alteraciones.

PROFECÍAS DEL AGUA, *Carlos Sahagún*. "Adonais", 1958.

En un breve libro de Carlos Sahagún, titulado *Hombre naciente* (Silbo, Alicante, 1955), hay un poema—"La infancia se aleja"—anticipatorio de alguno de los rasgos por los que ahora se distingue su obra. De un modo más intenso, más rico en técnica y belleza, iba a insistir en tal motivo—"Requiem ante el retrato de primera comunión"—; un motivo biográficamente lírico. En una y otra composición, la infancia aparece en forma de nostalgia, y en esa nostalgia se inquieta ya el fondo de hombre, su balbuceo. El "echar de menos" los años niños no se resuelve en mirar atrás, en contemplarse, sino que hay un contenido grandemente dinámico, una prisa por ser. Más que tristeza, impaciencia.

Si recuerdo estos primeros pasos de Sahagún en la poesía es para evidenciar que, desde su asomada adolescente, le preocupó poseer un tono determinado que vamos viendo amplificarse, y que lo básico en él continúa siendo el reflejo de una transición del espíritu, incluso violenta, lo que se nota claramente en el presente libro, premio "Adonais". O sea, Sahagún no es un poeta amigo de dispersiones, del cantar por cantar, ni atiende primero al instrumento para después darnos su "mundo". No es un poeta fácil.

Profecías del agua representa, por lo pronto, la suma de aquel "Hombre naciente" más el "Requiem", a la que puede añadirse un elemento importante: la conciencia plena de todo ello.

Me explicaré: cuando hay nostalgia (por ejemplo, en Juan Ramón), lo puramente sensible suele imperar. Y queda "la forma de la huída". Pero, en otra nostalgia —dentro de la cual está Sahagún—, hay una gran relación con la historia. Sin que el poeta llegue a apartarse completamente para dejarnos ver un panorama de todos, sin que prescinda de sus datos personales, participamos de otra manera.

Sahagún viene a identificar infancia de hombre con infancia del universo. El agua del paraíso se llena de sangre. Ello produce sorpresa dolorida. Y a través de esa sorpresa, que se inicia con el vivir, el poeta, nacido hace veinte años, ve el mundo de una manera atrozmente desencantada. Ojo: no estamos ante la llamada "poesía social" al uso y desuso. Estamos, más bien, ante la fusión de unas circunstancias personales con unas circunstancias históricas.

La expresión de todo esto no

puede ser suave. El tono—a veces violento—determina la conformación de los poemas, con mucho de narrativos, pero en los que la anécdota está superada por el sentido que quiere dárseles. El recuerdo es un incentivo para avanzar, y se llega a un instante revelador: cuando el poeta nos dice:

Muchacho: los recuerdos échalos en un
[pozo.

La nostalgia se ha borrado. Los versos son enérgicos, rompientes, picudos. Hay un peligro de retórica, aunque, después de todo, ¿debemos temer a la retórica? ¿No estaremos cayendo en una sobreestimación de la naturalidad?

Sahagún ha escuchado atentamente a tres grandes poetas: Hernández, César Vallejo y Otero. Los ha escuchado nada más. Porque, realmente, en ninguno de los tres se produce el dúo infancia perdida-madurez anticipada que hoy por hoy es la constante de este muchacho alicantino.

Sin ser un libro completo, con sus lagunas y sus imperfecciones, *Profecías del agua* es el bello, intenso y personal testimonio de un poeta en el que preocupaciones y modos muy actuales tienen una versión nueva y limpia.

Como dije en otra ocasión, es biografía desde dentro; esto es, lírica.

Noticiario

Cerrado ya nuestro anterior número, nos llegó la noticia de la muerte de Juan Ramón. Juan Ramón honró siempre estas páginas con su aliento. Nunca perdimos el contacto con él, directa o indirectamente. Cuatro números atrás, en el 13-14, le dedicamos, por su Premio Nobel, varias páginas llenas de cariño. Su muerte nos ha causado profunda impresión. Y un consuelo infinito saber que su cuerpo está en tierra española, en tierra nuestra. Descanse en paz el Maestro.

ÁGORA agradece a todos—diarios, revistas y lectores—la atención y acogida que han dispensado a nuestro número anterior, dedicado a poesía catalana. Agradecemos y sopesamos las opiniones de las cartas y artículos a que ha dado lugr.

La revista *El Libro Español*, órgano del I.N.L.E., publica los resultados de su encuesta sobre las mejores obras aparecidas en España desde la Feria del Libro del 57. Entre las cuarenta y dos obras elegidas figura *Cuanto sé de mí*, de JOSÉ HIERRO, publicado en ÁGORA, que obtuvo recientemente el Premio de la Crítica.

Las últimas lecturas de la A.C.I. en el Instituto de Cultura Hispánica han sido: ANTONIO MURCIANO, que leyó una selección de sus poemas. MEDARDO FRAILE, que leyó cuentos inéditos, presentado por ALEJANDRO NÚÑEZ ALONSO. El poeta JOSÉ HIERRO dió también una lectura de cuentos. Y GERARDO DIEGO, poeta y académico, clausuró este curso con una lectura de sus poemas. Fué presentado por la poetisa CONCHA LAGOS.

El director de la revista de poesía *Verbo*, JOSÉ ALBI, ha obtenido el Premio Gabriel Miró del Ayuntamiento de Alicante, por su novela *El silencio de Dios*. CARLOS MUÑIZ, el de teatro Carlos Arniches, por su obra *El Precio de los Sueños*.

El Premio de novela "Biblioteca Breve" ha sido para LUIS GOYTISOLO GAY. Su obra se titula *Las Afueras*. Quedó finalista HELY ZAGHER—pseudónimo de un español residente en París—con la novela *Cuarto Menguante*.

El Premio Boscán de este año ha sido concedido a JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD.